



CLUB KID

Jordan Firstman: “El viaje personal de Peter consiste en darse cuenta que ha tenido una gran familia a su lado”

JOSÉ EMILIO GONZÁLEZ

En *Club Kid*, flamante debut como director del actor Jordan Firstman (recordado por *Rotting in the Sun* o *I Love L.A.*) estrenado en la sección Un certain regard del Festival de Cannes, el amante de la juerga Peter Green, interpretado por el propio Firstman, parece tener cubiertas todas sus necesidades materiales. Ha heredado un departamento en Manhattan, tiene un negocio con su colega Sophie y gana buena pasta vendiendo drogas de buena calidad a sus amigos. Esto le permite poder estar plenamente entregado a los clubes neoyorkinos, el uso de sustancias, los encuentros homoe-róticos, las tardes de videojuegos y una alimentación a base de pizza y pollo frito. El rumbo errático de la vida de Peter cambia cuando Arlo, un niño de diez años, aparece en su vida: es el hijo que tuvo una década atrás, fruto de su único encuentro sexual con una mujer, durante un trió.

El relato es ya bastante conocido. La película se inserta en una larga tradición de cine sobre padres incidentales. Sin embargo, la singularidad de la obra de Firstman es que inserta este motivo en un contexto *queer* y psicotrópico. “Quería cuestionar la idea de la paternidad y de aquello que hace que alguien sea un buen padre”, declaró el actor y director neoyorkino.

La relación entre Peter y Arlo es entrañable, llena de cariño y momen-

tos de diversión. Si bien esto redirige las decisiones del primero hacia una cotidianidad más responsable, esto no implica necesariamente que el desarrollo que pueda tener el niño sea idóneo. “Necesitas amar, pero también necesitas la otra parte. Hay una gran pregunta en la película y es acerca de cuáles es el entorno más favorable para un niño”, planteó Firstman.

En ese sentido, *Club Kid* despliega un abanico de posibilidades de vida en comunidad, más allá de la familia tradicional heteronormativa. A lo largo de sus poco más de dos horas se muestran diferentes situaciones de apoyo mutuo, ya sea económico, emocional o social. “El viaje personal de Peter”, menciona Firstman, “consiste en gran medida en darse cuenta que ha tenido una gran familia a su lado, pero se encuentra tan anestesiado por su propia decepción vital que no observa la gran comunidad que lo cobija”. El mundo de la vida nocturna y las drogas, entonces, se muestra como “libertino, pero compuesto por personas con un corazón inmenso”, sentenció el director.

El escenario de la película contribuye a dar cuenta de tan particular vida comunitaria: Nueva York. Una metrópoli tan cliché y llena de lugares comunes en la historia del cine, se vuelve extraña para las personas que la conocen e, incluso, que viven ahí. Esto se debe, según el autor, “a los espacios a los que tuvimos acceso”. “Estoy muy agradecido”, confiesa Firstman, “pues la comunidad

queer neoyorkina realmente se abrió a nosotros y nos dejó entrar a lugares a los cuales no podrías hacerlo si llevas una cámara”. Fue a partir de sus propias amistades y de sus años de fiesta en la ciudad que esto fue posible. “Confirieron en mí, que no iba a ridiculizarles, que les iba a mostrar tal cual eran de una manera inmersiva. Por eso, las fiestas no podían ser recreadas; ese es uno de los ingredientes secretos de la película”.

En medio de este balance entre la comunidad y la escena nocturna estadounidense, en *Club Kid* aparecen figuras icónicas de ese panorama. Tal es el caso de la cantante y DJ Saturn Risin9, quien interpreta a Saffron, cuya presencia magnética es clave para motivar a Arlo a que se convierta en DJ y a darle apoyo a Peter en un momento en el que lo separan de quien le había dado sentido a su vida. “Conozco a Saturn de años de fiesta en Los Ángeles”, compartió el director, “es una artista maravillosa y personas como ella en la comunidad drag son denominadas como madres; esa es su presencia en el film”.

Club Kid termina por ser una apología de la comprensión mutua en tiempos en los que parece reinar el narcisismo. “He llegado a interpretar papeles de personas horribles”, recordó Firstman, “estaba cansado porque no creo que haya gente horrible, sólo gente que se equivoca”. El film termina por ser una apología de que hay posibilidades de transformarse.

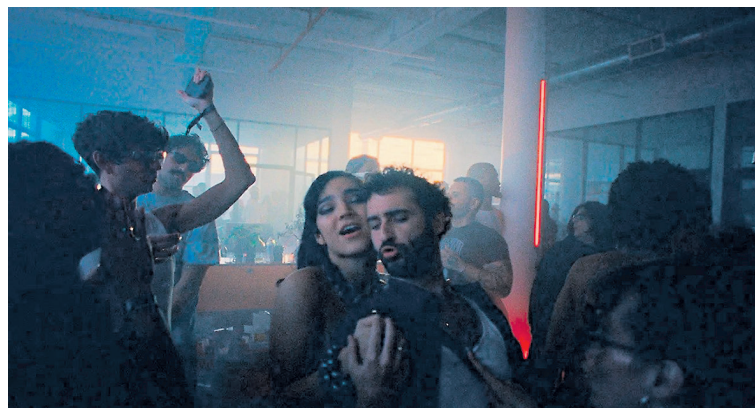
SAMAI COLLADO



De la pista de baile a la paternidad inusual

RICARDO ALDARONDO

Desde que se proyectó en la sala Debussy del Festival de Cannes, en la sección Un Certain Regard, *Club Kid* desató adhesiones inmediatas, advertencias entusiastas en redes sociales de que era la película más cool y emotiva que se había visto en esos días. Fiesta, desenfreno, ambiente gay, música e inesperados sentimientos paternales eran las palabras clave, pero eso no lo explicaba todo. Había expectación por conocer el debut en la dirección de Jordan Firstman, el actor que se prestaba al hábil juego de metacine de *Rotting in the Sun* (Sebastián Silva, 2023), el comediante que se convirtió en celebridad en internet durante la pandemia y estrella de la serie de HBO *I Love LA* (Rachel Sennott, 2025). El resultado estuvo aún por encima de las expectativas. Que el jurado oficial no le otorgara premio no erosionó la certeza de que *Club Kid* era una de las revelaciones de este año en Can-



nes. Hace unos días, por otra parte, obtuvo en el Festival de Deauville el Grand Prix y el premio del público.

Jordan Firstman logra desde el inicio una inmersión en el ambiente más hedonista del Nueva York de finales de los 80 y en el excitante momento que está viviendo Peter (interpretado por el propio Firstman) como organizador de fiestas exultantes en clubs de moda. Filmando en 35 mm, el director de fotografía Adam Newport-Berra

mueve la cámara entre las brumas y colores de las relaciones sociales, las insinuaciones sexuales, las sustancias legales, o no, y el bombeo de la música. El subidón de la noche y la resaca matinal, en exitosa compañía o en infructuosa soledad, no son meramente ilustrativas: Firstman logra describir todo un mundo de sensaciones y personajes que se cruzan y construyen unos años de placer y triunfo para el protagonista.

El revés es inevitable: diez años después, el estrés y las sustancias empiezan a hacer mella, pero el director y también guionista evita el convencional moralismo y el tópico del ascenso y caída. El giro viene en forma de un niño de diez años del que Peter es padre, o eso le dicen, fruto de su única relación sexual con una mujer. Y el niño acaba de quedarse huérfano de madre. Hábil, de nuevo, el cineasta construye una relación sincera, de mutua necesidad no exenta de aristas, entre esos dos extraños en un entorno en principio muy inadecuado. El *kid* del título puede ser una referencia evidente a *El chico* de Charles Chaplin, pero hay mucho de esa ternura bien entendida, ganada a pulso por ambos, mientras el entorno se vuelve hostil y castrador ante esa relación aparentemente inconveniente, teniendo en cuenta el mundo en que se sigue moviendo Peter.

Club Kid es un retrato con vida propia de esos años fulgurantes pero también dolorosos en la Nueva York

más excitante, con músicas percutantes para la pista de baile, pero también con canciones de Pinback, Arthur Russell o Ethel Cain que van tejiendo hábilmente el cambio de colores de los focos deslumbrantes a los sentimientos melancólicos. Además, es un valiente enfrentamiento a la desolación tras los días de vino y rosas, a la necesidad de cambiar en la madurez sin querer renunciar a la propia personalidad. Y un empeño en demostrar que una valiosa relación paternofilial también puede surgir y afianzarse más allá de las convenciones sociales y los organismos protectores que no pueden comprender ciertos casos. Aunque la realidad sea tozuda. Porque ese niño que no es un comparsa en el film, sino un verdadero personaje con notables diálogos y reacciones en ese ambiente atípico pero no dañino, que también puede ejercer de padre protector, y se declara fan de Cocteau Twins y Massive Attack porque le gustaban a su añorada madre, no puede estar mal criado.